

CASOS SIN RESOLVER

Tras más de treinta años de servicio, mi retiro está próximo. Mis superiores han decidido que pase mi último año en un puesto más tranquilo, en un despacho. La verdad es que no sé cómo tomármelo. Por una parte pienso que puede venirme bien un poco de tranquilidad, por otra no sé si sabré adaptarme a una vida sentado en una mesa delante de un ordenador.

Mi trabajo consiste en digitalizar y archivar los casos graves sin resolver, principalmente asesinatos y desapariciones. Expedientes que durante más de cincuenta años se han ido guardando en cajas de cartón, que, colocadas en las estanterías de un sótano sombrío, han ido acumulando una gran capa de polvo. Esa capa de polvo se ha convertido en mi primer objetivo, su limpieza.

Al principio este trabajo es pura monotonía, escanear y grabar en un archivo digital todo lo que, hasta ahora, sólo estaba en soporte papel. Fotos, declaraciones, informe de las pesquisas y en todos ellos un formulario final con la estampación "CASO SIN RESOLVER" van pasando al ordenador. Con el paso del tiempo he ido transformando esta monotonía en puro entretenimiento, a la vez que grabo los expedientes, los repaso.

En uno de ellos, de 1971, el cadáver de una niña de doce años apareció semienterrado, con signos de violencia, al lado de una caseta de obras. Según el informe de la autopsia había sufrido abusos sexuales. A su lado se encontró un cuchillo manchado de sangre. Tras analizar las huellas y tomas de declaración a distintos sospechosos, no se pudo probar concluyentemente quién cometió el atroz asesinato. Con la tecnología actual, pruebas de ADN, por ejemplo, se hubiera conseguido descubrir al asesino.

Otro de los casos que más me ha llamado la atención es el de la desaparición de una mujer de treinta años. había una gran cantidad de pruebas, todas señalaban hacia un vecino de la desaparecida. Demasiadas pistas hicieron sospechar a la policía. Cualquiera que lo hubiese hecho no hubiese dejado ni una parte de las que aparecían contra esa persona. A lo largo de la investigación se demostró que muchas de ellas eran falsas, lo que unido a

que nunca apareció el cuerpo de la mujer, desembocó en que el caso fuera marcado como “Caso sin resolver”.

Tras nueve meses de trabajo ya he conseguido digitalizar todos los casos de treinta años (entre 1960 y 1990), en total 76 asesinatos y 29 desapariciones.

Analizo las estadísticas y hay algo que me llama enormemente la atención. Durante 19 años (exactamente en los comprendidos entre 1966 y 1984), siempre durante la segunda quincena de enero se produjo un asesinato. Todos ellos marcados como “Caso sin resolver”. Doy un repaso a los expedientes y observo que la totalidad de los asesinados son hombres. No hay aparente relación entre ellos. Se reparten por todo el territorio nacional, Barcelona, Valencia, Teruel, Zaragoza, Bilbao, Huesca, Burgos, etc. Tampoco hay relación profesional, ni de edad, ni de nivel económico. Analizando más profundamente los expedientes, sólo veo una cosa en común, todos dejaron viudas, y todas ellas en sus declaraciones hicieron hincapié en haber sufrido malos tratos por parte de sus maridos, pero en ninguno de ellos se llegó a sospechar de ellas. Aunque en su totalidad son casos prescritos, me gustaría averiguar cuál es el hilo conductor que los une, porque estoy convencido de que no son fruto de la casualidad.

Este último caso, mejor dicho, este grupo de casos, me tiene intrigado. No dejo de darle vueltas, hasta el punto que cojo una caja con las carpetas de esos expedientes y me los llevo a casa. Reviso uno a uno. No soy capaz de lograr ningún avance, no encuentro ninguna pista. La que si avanza es la noche. Mi cuerpo se agota y casi sin darme cuenta caigo dormido sobre la mesa. Las carpetas con sus misterios hacen de almohada.

El calor húmedo inunda las calles. Este final de verano está resultando agobiante. Ventanas abiertas intentan atrapar alguna brizna de aire. Desde varias de esas ventanas, en perfecta sincronización, surgen las notas de “INDIAN SUMMER” de Víctor Herbert, la sintonía que tarde tras tarde desde hace casi veinte años, anuncia el inicio de “El Consultorio de Elena Francis”. Se suceden consejos de salud, belleza, cocina, y sobre todo los delicados temas sentimentales, que casi siempre desembocaban en la abnegación y

paciencia de la que tenían que hacer gala las mujeres. Hacer la vista gorda, mirar para otro lado, en definitiva, sacrificarse por el bien de la familia y los hijos. Todo impregnado de la moral marcada por el régimen.

Enero de 1966. Un cadáver aparece en un callejón de los arrabales de Barcelona. El cuerpo muestra signos de violencia. La policía se hace cargo de la investigación. En el funeral, Carmen, la esposa del difunto llora desconsolada. Cuando llega a casa, en vez de desconsuelo, muestra alivio.

Enero de 1967. El cadáver de un hombre aparece flotando en las aguas del puerto de Valencia. Tiene las manos atadas a la espalda. La policía se hace cargo de la investigación. Dolores, la esposa del finado no puede asistir al funeral, se encuentra ingresada en el “Antiguo Hospital” de Valencia. Está recuperándose de una “caída fortuita”, que sufrió hace diez días ocasionándole varias fracturas.

Enero de 1968. Un hombre pasea con su perro en una fría mañana de invierno en Teruel. De repente el pequeño caniche sale corriendo hacia un bulto que apenas se aprecia fuera del camino, bajo el viaducto. El hombre hace ademán de seguir por el camino, el perro sigue parado “guau, guau” insiste, hasta que su dueño se acerca al dichoso bulto. Se lleva una gran sorpresa y un gran susto, es un cuerpo, que parece haber caído desde lo alto del viaducto. Llama a la policía, que se hace cargo del caso. Le toman los datos y le dicen que le avisaran para tomarle declaración.

Enero de 1969. Un cadáver aparece en un contenedor de Zaragoza.

Enero de 1970. Un cadáver en Bilbao.

Enero de 1971. Un cadáver en Huesca.

Enero de 1972. Un cadáver en Madrid.

Enero de 1973. Un cadáver en Burgos.

Lugo, Sevilla, León, Salamanca, Jaén... Cada mes de enero de todos los años hasta 1984 aparecía un cadáver, siempre con signos de violencia.

La dispersión de estos, cada año en una ciudad, a veces separadas por cientos de kilómetros, ha conseguido que nadie haya sospechado de una posible relación entre ellos.

Enero de 1984, acabo de salir de la oficina del director de la emisora de radio en la que trabajo. Me cambian de destino. Desde 1968 estaba asignado al departamento de documentación del que fuera programa estrella de la cadena “El consultorio de Elena Francis”. Por mis manos pasaban todas las cartas, en su mayor parte, remitidas por mujeres desdichadas, que pedían consejos con los que aliviar sus infelices vidas. Me tocaba también escribir alguna carta que luego firmaba la supuesta Señora Francis para consolar a esas mujeres cuyo consuelo no estaba ni en esa carta, ni en los consejos emitidos a través de las ondas.

Desde el principio fui consciente de todo esto y decidí que aprovechando la quincena de vacaciones que me cogía en enero, al menos, cada año, una de esas mujeres encontraría alivio a sus desdichas.

Suena el teléfono, me sobresalta, ¿dónde estoy?, me cuesta darme cuenta que estoy en casa. Me quedé dormido sobre la mesa llena de papeles. Miro el reloj, son casi las once. Contesto la llamada, ¿te pasa algo?, me preguntan desde la comisaría. Nada, gracias, sólo que me he dormido y he tenido un sueño revelador.

AUTOR: Luis Encinas Regidor

E-mail: lencire@gmail.com

TITULO: “Casos sin resolver”